

Esther Cohen

El poder silencioso del nazismo: la lengua del Tercer Reich

—¿Por qué estuvo usted en la cárcel? —pregunté.
—Pues *por ciertas palabras...* (Había ofendido al *Führer*; los símbolos y las instituciones del Tercer Reich.)

Fue una iluminación para mí. Al oír esta frase lo vi todo claro. *Por ciertas palabras.* Por eso y en torno a eso emprendería el trabajo de mis diarios. Quería extraer el balancín de todo cuanto lo rodeaba y limitarme, no tanto por vanidad, espero, sino más bien *por ciertas palabras.* (Klemperer, *LTI*, 410. Las cursivas son mías.)

Con estas palabras, Victor Klemperer pone punto final a su libro *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*.¹ Su encuentro casual, al final de la guerra, con una trabajadora berlinesa que, junto con sus dos hijas, también sobreviven a la contienda bélica, le da, en un momento de lucidez, como una iluminación, pleno sentido al trabajo de tantos años de vida confinado al encierro. Sus apuntes, esas palabras que cuidó

¹ Primo Levi comenta: “Klemperer había llamado *Lingua Tertii Imperii* a la lengua del Tercer Reich, proponiendo las siglas *LTI*, en analogía irónica con las otras cien (NSDAP, SS, SA, SD, RKPA, WVHA, RSHA, BDM[...]) que tanto abundaban en la Alemania de entonces” (Levi, 84-85).

Steiner. Lenguaje y Sentido

con tanto esmero durante los años de guerra, finalmente encuentran su sentido más profundo en la frase de esta mujer. Y es que efectivamente esas “ciertas palabras” por las que fue castigada son las protagonistas subterráneas de una historia de barbarie y terror en la cual desempeñaron un papel de primera importancia. Se trató de palabras que no sólo sirvieron para comunicar, sino desde donde se ejerció un poder y se modeló toda una ideología; palabras que padecieron el ejercicio brutal de un poder fuerte y absoluto, un poder totalitario, el del nazismo: en él, la lengua alemana no quedó al margen, sino que fue irremediabilmente sometida al régimen. En la lengua, sostendría Klemperer, se libró una batalla paralela a la de las trincheras y los campos. El lenguaje no fue inocente frente a la barbarie, también él participó abiertamente en la lucha contra la libertad del individuo, también él fue configurando al “enemigo”, le dio cuerpo y forma para poder así deshacerse de él. De la misma manera en que fue necesario cancelar los nombres de los prisioneros de los campos y cambiarlos por un número, de la misma manera en que se les fue aniquilando todo vestigio de dignidad humana para después gasearlos y cremarlos, así fue necesario que el lenguaje contribuyera a la barbarie desde sus propias trincheras: abreviándose y conduciéndose a su mínima expresión. Como escribe George Steiner, “se trataba de una terrible debilidad por los eslóganes y los clichés pomposos (*Lebensraum*, “el peligro amarillo”, “las virtudes nórdicas”), una reverencia por la palabra larga y la voz alta, un gusto fatal por el *pathos* empalagoso” (Steiner, 119). El uso desmesurado de la hipérbole que acompañaba este *pathos* se fue introduciendo en la carne y en la sangre de las masas, como escribe Klemperer, “a través de palabras aisladas, de expresiones, de formas sintácticas que imponía [el régimen], repitiéndolas millones de veces y que eran adoptadas de forma mecánica e inconsciente” (Klemperer, *LTI*, 31).

De esta manera, la lengua del nazismo empezó a transformarse, a adquirir nuevos contornos, dejando atrás toda complejidad y toda posibilidad de pensar dentro del ámbito de lo múltiple, para ir reduciéndose, poco a poco, a esos eslóganes que, a manera de martillos, cincelaban y daban cuerpo a un alemán inédito: al alemán de la repetición y, por encima de ella, a la incapacidad de juicio, de razonamiento, en otras palabras, a una lengua alemana incapaz de aventurarse, es decir, de pensar más allá de la frase construida, imposibilidad, a fin de cuentas, de pensarse como en su función poética. Se trataba, con esta estrategia, de llevar al individuo a un estado de pasividad total donde la lengua ya no servía para ejercer un trabajo de pensamiento, sino para paralizar cualquier intento de reflexión. Repetir hasta el cansancio las mismas frases, vaciadas ya de su contenido original, llevó a la lengua alemana a una especie de sacrificio lingüístico; pobre y monótona, acabó por parecerse más al grito que a la conversación, a la orden más que al intercambio. En este sentido, tiene razón Roland Barthes cuando dice que el lenguaje no es el lugar de la democracia sino el espacio donde se ejercita y se ejerce el poder. Por ello fue tan importante el “trabajo” que se hizo sobre el idioma alemán. El Tercer Reich tenía que empobrecer a tal grado el lenguaje, uniformándolo, para ser capaz de hacer con los hombres figuras mecánicas que respondieran simplemente a estímulos del sistema, del *Führer*, de los SS o, en cualquier caso, de quien fuera capaz de imponer este lenguaje empobrecido, pero mortalmente rígido y manipulador. Primo Levi describe con detalle el grado de empobrecimiento de la lengua en el campo de concentración: “la orden [...] era repetida en voz alta y rabiosa, después de un alarido estremecedor, como si se dirigiese a un sordo, o a un animal doméstico” (Levi, 79). O:

En la memoria de todos nosotros, los sobrevivientes, escasamente políglotas, los primeros días del *Lager* han quedado

grabados en forma de película desenfocada y frenética, llena de *ruido y de furia*, y *carente de significado*: un ajetreo de personajes sin nombre ni rostro sumergidos en un continuo y *ensordecedor ruido* de fondo del que *no afloraba la palabra humana*. Una película en blanco y negro, sonora pero no hablada (Levi, 81. Las cursivas son mías.).

“El discurso”, como escribe Foucault, “no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello a través de lo cual se lucha, el poder del que se trata de apoderarse” (Foucault, 10). Por ello, el lenguaje no se convierte en un mero instrumento del poder nazi, no es un simple *medio* que funciona para subordinar el comportamiento de los otros: el lenguaje es algo más, es ese terreno casi invisible y silencioso por donde se filtra la lucha contra el enemigo, pero no sólo es eso, sino también la lucha contra el “amigo” alemán cuya lengua se ve transformada; en ella se libran batallas que acompañan al ciudadano alemán en las ciudades, como también al judío y al gitano en medio de las alambradas, hacia la destrucción. Porque no es sólo el ciudadano común quien padecerá el empobrecimiento de la lengua a través del grito de orden, sino la víctima que, a pesar de ser perseguida y sometida a los peores vejámenes, reproducirá la lengua de su opresor. Como escribe Klemperer, “la *LTI*, tan poderosa como pobre, y todopoderosa precisamente por su pobreza, reinaba incluso entre las víctimas..., incluso entre los judíos, en sus cartas y conversaciones y hasta en sus libros, mientras aún pudieron publicarlos” (38).

Y es que se trataba de unificar la lengua, de hacer desaparecer de ella cualquier marca individual, cualquier matiz que, como lo querría Benjamin en su texto “El narrador”, fuera capaz de dejar una huella del narrador adherida a la narración, “como las del alfarero a la superficie de su vasija” (Benjamin, 119). De esta manera, el nazismo condujo a la desaparición de tal individualidad en la lengua, de estas marcas particu-

lares del discurso que hacen de cada hablante un individuo. Y la condujo al grado de llevarla a un estado en que fue ya imposible identificar “las huellas del alfarero” sobre la vasija. Lo que quedó fue esa “palabra de orden” construida para movilizar a las masas, aniquilando así toda iniciativa individual, toda posibilidad de aventura, como lo diría Steiner, “ya que el lenguaje es la aventura más grande que la mente pueda imaginar”. El propio Benjamin se lamentaba ya de esta pérdida, a partir de la Gran Guerra, pérdida de un lenguaje capaz de narrar y transmitir experiencias. En ese sentido, la Guerra de 1914 fue para él un momento de ruptura y decadencia del lenguaje, en la medida en que ya no había un narrador con la aptitud y competencia para relatar. En esta perspectiva, la Primera Guerra significaba ya el principio de aniquilación del individuo, pero ciertamente no se trataba de la experiencia del nazismo que llevó, esta vez a un nivel mucho más profundo, la cancelación de la expresión singular y original. Para la ideología nazi, se trataba de aniquilar toda marca de singularidad, tanto al nivel de la experiencia como al nivel de la lengua, de convertir al individuo en simple pieza de un organismo que no piensa, sino que actúa, que simplemente desempeña su trabajo de manera eficaz. Y es que de eso se trataba justamente en los sistemas totalitarios: de convertir a los individuos en piezas de una gran maquinaria que está organizada, en este caso concreto, para borrar del mapa europeo toda una cultura, una serie de “razas inferiores” que obstaculizan y ponen en peligro el desarrollo de la raza aria. La uniformización de la lengua y, en consecuencia, su debilitamiento y empobrecimiento, no se dieron de forma autónoma, sino que vinieron siempre acompañadas de la uniformización de la experiencia y de una pérdida del sentido de la individualidad. De esta manera, si bien es cierto que la lengua está en todas partes, que ésta atraviesa nuestra experiencia en todas sus modalidades, habría que decir que, en este caso concreto, la

lengua y la experiencia del nazismo se mantuvieron ligadas indefectiblemente, la una estuvo siempre al lado de la otra, acompañándose en una mutua negación de cualquier marca personal.

En el juicio que se realizó a Eichmann en 1961, el propio Eichmann se defendía diciendo que él no había hecho otra cosa sino cumplir con su deber; él, sentado en una oficina, organizando la mayor movilización jamás vista hacia la muerte. Su tarea no era “saber” para qué servía su trabajo, y en qué parte de la cadena del extenso engranaje nazi se situaba su tarea, ni cuál era en realidad el destino de esos trenes malditos; él era sólo una pieza más en la gran e “histórica” maquinaria de la muerte. De ahí su defensa. Eichmann no podía asumir como responsabilidad propia lo que sucedía en Auschwitz o en Treblinka; lo único por lo que podía responder era por la eficiencia del traslado, por el número de trenes o por el número de sus “pasajeros”. Aquello que sucedía fuera de su oficina le era totalmente ajeno. Su mirada no podía abarcar el proceso en su conjunto porque padecía ya lo que el propio Klemperer planteaba acerca de la lengua del Tercer Reich: esta lengua, escribe, “se centra por completo en despojar al individuo de su esencia individual, en narcotizar su personalidad, en convertirlo en pieza sin ideas ni voluntad de una manada dirigida y azuzada en una dirección determinada, en mero átomo de un bloque de piedra en movimiento” (42). Se trata, así, de la masificación de la experiencia que correrá paralela a la de la lengua. En esta especie de autómatas regulados desde arriba se convirtieron los hombres del nazismo, pero eso le sucedió también a la lengua de los nazis y, a final de cuentas, a la lengua de muchas de sus víctimas.

Victor Klemperer, judío de nacimiento, casado con una alemana, logra sobrevivir al terror nazi en la ciudad de Dresde. Su matrimonio con una mujer “aria” le permite evitar ser enviado a los campos, y sobrevive refugiado en su casa. Filólogo

go de profesión, Klemperer sufre la guerra de una manera distinta de la mayoría de sus compatriotas judíos. Expulsado de la universidad de Dresde en 1935 por las leyes anti-judías, abandona su interés por la literatura francesa del siglo XVIII para volcarse sobre sus diarios y sobre su libro acerca de la *LTI (Lingua Tertii Imperii)*. Al igual que muchos otros escritores que vivieron sólo para dar testimonio, Klemperer hace lo mismo desde sus propias alambradas: decide dar cuenta, con *todo detalle, de la transformación de su lengua, querida y defendida hasta el último momento*. Y es que, a diferencia de la mayor parte de los intelectuales judeo-alemanes, que a partir de 1933 se despertaron del sueño de la asimilación y de la simbiosis judeo-alemana para regresar a sus raíces, Klemperer se negó a abandonar su cultura germana y, justamente durante el nazismo, se aferró a ella de una manera violenta y desesperada. El filólogo no admitió nunca la falsa ilusión de que se había logrado una asimilación completa con el pueblo alemán; él siguió sintiéndose y viviéndose como alemán antes que como judío; por ello, daba cuenta en sus *Diarios* de algo que lo atravesaba en todos los sentidos, es decir, de una lengua y una cultura que no lo habían traicionado. Por el contrario, para Klemperer, el estudio de **su** lengua, y acentuó su porque nunca dejó de pensarse como alemán, fue el objeto obsesivo de su escritura. De hecho, escribe en sus *Diarios*: “Soy alemán y estoy esperando que los alemanes regresen, se fueron a acampar en alguna parte” (*Diary*, 63). Y mientras tanto: “Seguiré arriesgándome a continuar con el diario. Daré testimonio hasta el final” (*Diary*, 75). Ciertamente, no le interesa sólo la lengua, sino que recoge en sus *Diarios* toda clase de experiencias, especialmente las mutilaciones cotidianas a las que eran sometidos los judíos, incluso aquellos que por razones como las de Klemperer, no eran enviados a las cámaras de gas. Entre éstas, llama la atención la prohibición impuesta a los judíos de no comprar flores, y aún más, la prohibición de tener

mascotas en casa. Perros, gatos y canarios corrieron la misma suerte que sus dueños; abandonaron las casas donde habitaban con judíos para ir a morir a campos de exterminio específicamente contruidos para ellos. Porque, de hecho, se sabe que los hubo, ya que estas mascotas “contaminadas” por la sangre judía, no podían ser recogidas por ninguna otra persona, su destino final no podía ser sino la muerte (*Diary*, 52).

La deshumanización *total*, palabra, esta última, privilegiada por la jerga nazi, fue en efecto radical. El Tercer Reich había decidido acabar con cualquier vestigio de humanidad; cualquier signo de compasión, inclusive hacia un animal, violaba las reglas dictadas por el comportamiento nazi. Si se era judío, y Klemperer, a pesar de su negativa a no asumirse como alemán en todos sus sentidos, lo era, debía mutilarse de todo indicio de sensibilidad: ni flores ni mascotas podían formar parte de la cotidianidad judía porque, incluso fuera de los campos, el judío debía permanecer al margen de la vida y de cualquier goce o sentimiento que pudiera implicar su pertenencia a la especie humana. “Agosto 24, tarde en la mañana, 1942: Está prohibido que los judíos compren helado”, escribe Klemperer para confirmar esto (*Diary*, 132). Excluidos una vez más de los pequeños placeres cotidianos, el sistema nazi fue acorralando a los judíos día con día, paso a paso. Por ello había que escribir, también día con día, minuto a minuto, para impedir que este cerco lo envolviera todo. Lo mismo le sucedió a la palabra, casi podríamos decir que se convirtió en el judío de la lengua: abreviada, humillada, empobrecida y mutilada, atravesó la experiencia de la guerra sin poder defenderse, sometida siempre a esa expresión carcelaria que casi acabó con ella, ya que todo en ella se convirtió en “apelación, arenga, incitación” (Klemperer, *LTI*, 41). Baste, desde esta perspectiva, recordar cualquier discurso de Hitler para darnos cuenta de que el grito y la incitación ocuparon el lugar de la conversación o, como escribe Primo Levi:

Me di cuenta de que el alemán del *Lager*, descarnado, gritado con alaridos, sembrado de obscenidades e imprecaciones, sólo tenía una vaga semejanza con el lenguaje exacto y austero de mis libros de química y con el alemán melodioso y refinado de la poesía de Heine que me recitaba Clara, una compañera mía de estudios (Levi, 84).²

La riqueza simbólica de la lengua quedó así absorbida y coagulada en frases hechas que perdieron toda capacidad metafórica; el lenguaje poético desapareció ahogado entre las brumas de la agitación y la charlatanería. O, como escribe Paul Celan:

Sí, la lengua no se perdió a pesar de todo. Pero tuvo que pasar entonces a través de la propia falta de respuesta, a través de un terrible enmudecimiento, pasar a través de las múltiples tinieblas del discurso mortífero. Pasó a través y no tuvo palabras para lo que sucedió. En esa lengua he intentado yo escribir poemas en aquellos años y en los posteriores: para hablar, para orientarme, para averiguar dónde me encontraba y a dónde ir, para proyectarme una realidad (Celan, 497-498).

También la lengua, al igual que los hombres tras las alambradas, fue perdiendo toda huella de dignidad, toda traza de espontaneidad creativa. Al igual que los hombres en los campos, el alemán del nazismo se vio despojado de su capacidad y riqueza lingüísticas, desnudo en medio de un mundo de puras mayúsculas, PUEBLO, FANÁTICO, HISTÓRICO, TOTAL, palabras todas

² En su libro, *Los hundidos y los salvados*, Primo Levi cuenta la anécdota de que, años después de la guerra y hablando con finos funcionarios de los laboratorios químicos Bayer, él había utilizado una expresión vulgar para despedirse, había dicho *Jetzt hauen wir ab*: “Era como si les hubiese dicho nos largamos. Me miraron estupefactos: el término pertenecía a un registro lingüístico distinto del otro en el que habíamos estado desarrollando la conversación previa [...] Les expliqué que no había aprendido el alemán en la escuela sino en un *Lager* llamado Auschwitz [...] Luego me he dado cuenta de que mi pronunciación también es vulgar pero deliberadamente no he querido refinarla, por lo mismo que no he querido borrarle el tatuaje del brazo izquierdo” (Levi, 86).

ellas repetidas hasta la náusea, el alemán quedó cercenado de la posibilidad de rememorar, porque sólo a través de la palabra minúscula y singular, el hombre es capaz de construirse y constarse su propia historia. Y aquí de nuevo me remito a Walter Benjamin, quien considera justamente que la narración pasa por esas marcas singulares e individuales que dan una forma particular al relato. Sólo a través de la transmisión de experiencias vivas, y esto implica necesariamente la singularidad, el hombre es capaz de relatar una historia. De otra manera, su memoria queda petrificada en bloques de piedra que le impiden el acceso a ésta. Así, por ejemplo, y como escribe Klemperer, la *LTI*:

considera histórico cualquier discurso pronunciado por el *Führer*, aunque diga cien veces lo mismo, es histórica cualquier reunión del *Führer* con el *Duce*, aunque no altere la situación; es histórica la inauguración de una autopista, y se inaugura cada carretera y cada tramo de carretera; es histórica cada fiesta de acción de gracias por la cosecha, es histórico cada congreso del Partido, es histórico cualquier día de fiesta de cualquier tipo. Y, como el Tercer Reich sólo consiste en días de fiesta —podría decirse que estaba enfermo de ausencia de días normales, mortalmente enfermo, así como un cuerpo puede estar enfermo por falta de sal—, considera históricos todos sus días (Klemperer, *LTI*, 72).

Cuando todo es histórico, todo deja al mismo tiempo de serlo, la palabra se vacía de su contenido original para comportarse como un robot de la lengua.

Enfermo de falta de cotidianidad, el alemán del nazismo se vio conducido a vivirse como una lengua poderosa, de cuyas mayúsculas se servía para dominar desde arriba y por encima de los hombres toda posible reacción. De esta manera, el terror real del sistema totalitario no sólo se traducía en sufrimiento, tortura y asesinatos masivos, sino en el intento siste-

mático de eliminar toda pluralidad, espontaneidad e individualidad a través del control de la lengua. Una vez que ésta se vaciaba de todo contenido, como en el caso de la palabra “histórico”, y se expresaba sólo en términos de fórmulas anquilosadas, el sistema totalitario nazi tenía ganada una buena parte de la batalla. La otra, la de la experiencia vivida, también se fue perdiendo mano a mano con la lengua. Porque no hay experiencia de la lengua que no sea a su vez experiencia de vida, social, histórica y política. Si los campos de concentración fueron los laboratorios de la muerte organizada y tecnificada, la lengua fue el *Lager* lingüístico donde las palabras, al desnudo, dejaron de significar para convertirse en piezas ejemplares del dominio nazi. El terror absoluto del totalitarismo nazi, pues, no sólo se dio a través de la mutilación y muerte físicas, sino de manera singular, a través del control de todo un alambrado lingüístico que vino a amputar cualquier ejercicio de pensamiento y, por supuesto, de crítica. Se quería hacer de todo hablante de la lengua alemana, me atrevería a decir, un “musulmán” del campo, un muerto viviente incapaz de dilucidar entre el bien y el mal, imposibilitado ya para pensar y actuar por cuenta propia. Al igual que el “musulmán” de los campos de concentración, que dejó de vivir una vida, y cuyas reacciones, una vez desmembrada su estructura psicológica, se convirtieron en absolutamente previsibles, la lengua del Tercer Reich llevó a los hombres que la hablaron a un estado similar al de las reacciones perfectamente reemplazables por otras que se comportaban de la misma manera, es decir, de manera totalmente previsible (Arendt, 173). La lengua, en este sentido, no fue una mera espectadora de una sociedad totalitaria que llevó a la ruina a todo un pueblo, sino una eficaz y activa cómplice del poder totalitario que, entre otras formas, llevó al ciudadano alemán a moverse dentro de fórmulas de fácil aprendizaje y sobre todo, abreviadas. Como escribe Klemperer:

Cuando me pregunto ahora si la abreviación debe considerarse una de las características más destacadas de la *LTI* y por qué, la respuesta es clara. Ningún estilo anterior de la lengua utiliza esta forma de manera tan exagerada como el alemán hitleriano. La abreviación moderna siempre interviene allí donde se tecnifica y organiza. Y, conforme a su pretensión de totalidad, el nazismo lo tecnifica y lo organiza todo. De ahí la cantidad inabarcable de sus abreviaciones (*LTI*, 140).

Por ejemplo, utiliza la abreviación *Knif* que significa *Kommt nicht in Frage* [imposible] y *Kakfif, Kommt auf keinen Fall in Frage* [del todo imposible] (Klemperer, *LTI*, 135). Y abreviar la lengua, desde esta perspectiva totalitaria, implicaba darle un golpe mortal, haciéndola enmudecer y negándole cualquier posible expresión espontánea. Podríamos decir que la lengua del Tercer Reich surgió, desde sus inicios, como una lengua enferma de fórmulas, lemas y abreviaciones, una lengua cercenada de su carácter poético. Ciertamente, también la *LTI* hace uso de la metáfora: “el peligro amarillo”, “la solución final”, pero este uso viene acompañado por una experiencia de mutilación y no por la del florecimiento de la lengua. La metáfora hitleriana está al servicio de la mentira, de la obnubilación de los sentidos, de la violencia.³ No es casual en este sentido que, como escribe Zygmunt Bauman, en *Modernidad y Holocausto*, “tanto la retórica como la forma de hablar de Hitler estaban cargados de imágenes de enfermedad, infección, putrefacción, pestilencia y llagas. Comparaba la cristiandad y el bolchevismo con la sífilis y la peste” (Bauman, 93). La retórica hitleriana de la enfermedad no hacía sino hablar de la condición de la propia lengua alemana, enferma de un uso “infeccioso” de la retórica, y que se ocupaba sólo de “organizar” el trabajo. Para-

³ En este sentido, resulta esclarecedor lo que nos dice Primo Levi: “Cuenta Marsalek, en su libro *Mauthausen* que en ese *Lager*, todavía más políglota que Auschwitz, al látigo de goma se le llamaba *der Dolmetscher*, el intérprete: el que se hacía comprender por todos” (Levi, 80).

dojas de la historia, destruir al otro destruyéndose a sí mismo; acabar con el “enemigo amarillo”, gasearlo y llevarlo a los crematorios no fue algo fortuito; sus asesinos tuvieron que pagar un precio, y pareciera que fue la lengua, entre otros, el chivo expiatorio de tanta barbarie, una lengua que se fue reduciendo y anquilosando hasta sus últimas consecuencias, al grado en que, según Klemperer, sigue activa en nuestros tiempos. Y quizá tenga razón, no sólo en lo que se refiere a la lengua alemana, sino a una buena parte de las lenguas en las que nos hemos acostumbrado a la abreviación y tecnificación, antes que a su carácter poético. Por ejemplo, la palabra “organizar” llegó a ocupar un lugar de primera importancia. Ya no se trabaja, se resuelve, se hace o se realiza un trabajo, sino que se **organiza**; se trata de esa “organización” totalitaria que obsesiona a los dirigentes y fieles nazis: organizar y tecnificar, he aquí los principios de una sociedad totalitaria.

Ahora bien, los nombres propios no fueron la excepción, corrieron la misma suerte, también se vieron sometidos a transformaciones, sólo que esta vez no se trataba de abreviarlos, sino, por el contrario, de extenderlos de manera pomposa y empalagosa. La retórica hitleriana exigía de estos nombres una sonoridad particular, se trataba de evidenciar el carácter retórico de todo nombre. Así, se encontraban infinidad de nombres dobles, unidos por un guión, como por ejemplo, Bernd-Dietmar, Bernd-Walter, Dietmar-Gerhard; por otra parte, aparecían las fórmulas Klein Karin, Klein Harald (Pequeña Karin, Pequeño Harald), esos diminutivos que, como escribe Klemperer, “al nombre heroico de las baladas se le añade una pizca de sentimiento edulcorado y se consigue así un exquisito sabor a cebo” (*LTI*, 117). Por otra parte, se sabe que a los judíos también les fue añadido un nombre para marcar su pertenencia a la raza inferior. Así, todo nombre judío venía acompañado de un nombre complementario: Israel, Moisés, Jacobo o, en su lugar y a falta del nombre completo, una simple J, que sellaba

su pertenencia al pueblo maldito. Sin embargo, transformar el nombre propio no es una mera sustitución sin consecuencias. Por el contrario, de la misma manera en que los nombres de los prisioneros en los campos fueron transformados en números, y con ello se logró poner énfasis en su deshumanización, el sistema nazi fue preparando, desde afuera de ellos, una casta de hombres recién rebautizados en la que tanto los alemanes como los judíos se fueron encasillando para llegar a su destino: unos, a la ceguera enferma, obediente y asesina; los otros, a los hornos crematorios. Y esto, porque no hay nada que padezca más el hombre que el atentar contra su nombre, contra esa casa íntima que nos permite acercarnos a nuestra identidad más sólida. Por ello fue necesario intercambiar nombres por números, para que, una vez deshumanizados, fuera más fácil llevarlos a las cámaras de gas. En el caso de los nombres alemanes, era necesario, también, un reciclaje del nombre, añadir esa “pizca de sentimiento edulcorado” para hacer al hombre capaz de saber y callar, de observar y aceptar. En ambos casos, el proceso de transformación se producía en términos de automatismos; en eso acabaron convirtiéndose los mutantes de nombre.

Y, sin embargo, la lengua misma, a pesar de ocupar ese lugar central en el control de una sociedad, porque no hay posibilidad de pensar la experiencia sin la experiencia propia de la lengua, tiene a su vez capacidades de resistencia. De hecho, durante el periodo nazi se escriben obras valiosísimas que nada tienen en común con la *LTI*; novelas, ensayos y poesía de primer orden, escritas en alemán, se publican fuera del ámbito del nazismo. Thomas Mann, Walter Benjamin, Hannah Arendt, Theodor Adorno, Max Horkheimer, Paul Celan, Stephan Zweig, son sólo algunos ejemplos de autores que, en el exilio, lograron hacer sobrevivir el alemán anterior a 1933. Pero fue casi una exigencia la de abandonar el país para no verse contaminado de esa lengua infecciosa y quizá ser con-

ducido a las cámaras de gas. “El lenguaje es más que sangre”, escribe Franz Rosenzweig, y Hannah Arendt, en una reconocida entrevista, afirma que lo único que resta es la lengua. Y, si es así, como escriben estos dos autores, ¿cómo resistir, desde dentro, a esa amenaza constante, cuando el poder lingüístico hitleriano emerge de cualquier punto, de cualquier esquina e invade todo tipo de experiencia?

Escribe Roland Barthes:

Nuestra guerra está contra *los* poderes, no se trata de un combate fácil porque, plural en el espacio social, el poder es, simétricamente, perpetuo en el tiempo histórico: expulsado, extenuado aquí, reaparece allá; jamás parece [...] La razón de esta resistencia y de esta ubicuidad es que el poder es el parásito de un organismo transsocial, ligado a la entera historia del hombre, y no sólo a su historia política, social. Aquel objeto en el que se inscribe el poder desde toda la eternidad humana es el lenguaje, para ser precisos, su expresión obligatoria: la lengua (118).

Por esta razón, Klemperer no deja de registrar día con día lo que está sucediéndole a la lengua; por ello también, cita el día y la hora precisa en que escribe, porque no quiere dejar que nada de ese poder silencioso se apodere de su escritura. Escribe no sólo para sobrevivir, sino para hacer sobrevivir a esa lengua que él tanto ama, escribe sin saber si realmente sobrevivirá, si sus *Diarios* dirán algo a alguien en un futuro lejano, si su escritura podrá convertirse algún día en testimonio. De hecho, son el testimonio fiel de un filólogo que decidió arriesgar su vida escribiendo porque la escritura, tanto la de sus *Diarios* como la de la *LTI*, fue el espacio de resistencia desde donde Victor Klemperer se defendió del nazismo, negándose así a la mutilación de la lengua, es decir, de la vida. Por sus *Diarios* sabemos, por ejemplo, que el 16 de marzo de 1942, por la mañana, los hombres de Dresde, su ciudad natal, saben ya lo que

ducido a las cámaras de gas. “El lenguaje es más que sangre”, escribe Franz Rosenzweig, y Hannah Arendt, en una reconocida entrevista, afirma que lo único que resta es la lengua. Y, si es así, como escriben estos dos autores, ¿cómo resistir, desde dentro, a esa amenaza constante, cuando el poder lingüístico hitleriano emerge de cualquier punto, de cualquier esquina e invade todo tipo de experiencia?

Escribe Roland Barthes:

Nuestra guerra está contra *los* poderes, no se trata de un combate fácil porque, plural en el espacio social, el poder es, simétricamente, perpetuo en el tiempo histórico: expulsado, extenuado aquí, reaparece allá; jamás perece [...] La razón de esta resistencia y de esta ubicuidad es que el poder es el parásito de un organismo transocial, ligado a la entera historia del hombre, y no sólo a su historia política, social. Aquel objeto en el que se inscribe el poder desde toda la eternidad humana es el lenguaje, para ser precisos, su expresión obligatoria: la lengua (118).

Por esta razón, Klemperer no deja de registrar día con día lo que está sucediéndole a la lengua; por ello también, cita el día y la hora precisa en que escribe, porque no quiere dejar que nada de ese poder silencioso se apodere de su escritura. Escribe no sólo para sobrevivir, sino para hacer sobrevivir a esa lengua que él tanto ama, escribe sin saber si realmente sobrevivirá, si sus *Diarios* dirán algo a alguien en un futuro lejano, si su escritura podrá convertirse algún día en testimonio. De hecho, son el testimonio fiel de un filólogo que decidió arriesgar su vida escribiendo porque la escritura, tanto la de sus *Diarios* como la de la *LTI*, fue el espacio de resistencia desde donde Victor Klemperer se defendió del nazismo, negándose así a la mutilación de la lengua, es decir, de la vida. Por sus *Diarios* sabemos, por ejemplo, que el 16 de marzo de 1942, por la mañana, los hombres de Dresde, su ciudad natal, saben ya lo que

significa un campo de concentración: “En los últimos días escuché mencionar el nombre de Auschwitz (o algo así) como el más terrible campo de concentración” (*Diary*, 28). Su trabajo sobre la lengua arroja así luz sobre el campo de la historia, sobre todas aquellas voces que pretendieron no saber lo que sucedía, que supieron y que callaron, sobre toda una época que pretendió eliminar del mundo el concepto de especie humana. “La carretera a Auschwitz la construyó el odio”, nos dice Ian Kershaw, uno de los mayores especialistas en el nazismo, “pero la pavimentó la indiferencia” (Kershaw, citado en Bauman, 165). Habría que decir que también la asfaltó la lengua. Mirado desde esta perspectiva, los comentarios de Klemperer son iluminadores. Su interés por la lengua, pues, va mucho más allá de la descripción estrictamente lingüística del filólogo; lo que a Klemperer le interesa hacer no es sólo la disección de una lengua moribunda aunque mortífera, ni el uso retórico de un lenguaje totalitario, sino ver de qué manera este lenguaje raquíutico se va filtrando en la mente y en los cuerpos de sus hablantes minando así sus voces críticas y sus capacidades contestatarias, en otras palabras, sus vidas. De ahí lo valioso del trabajo de Klemperer, de su lucidez al identificar al “enemigo” en el interior mismo de cada uno de los hablantes de la lengua alemana, y al poner en evidencia la forma en que esta ideología nazi se multiplicaba a cada momento, en cada gesto, en cada palabra. Ciertamente, de eso se trató de manera principal en los campos de concentración y exterminio, y ahí no sólo se daba la desintegración de la lengua alemana, sino del intento por cancelar toda posible comunicación, ya que estos campos se convirtieron en una especie de torres de Babel donde ninguno pudiera hacerse comprender por el otro. La única comunicación posible parecía darse a través del grito y la arenga. Y, sin embargo, hubo formas de humanidad que hicieron que, muy a pesar de la lengua hitleriana, los prisioneros pudieran intercambiar un mínimo de sus atroces experien-

cias. La comunicación, ciertamente, no quedó sólo en manos de la lengua, sino de los pequeños gestos y las recortadas acciones. Pero, aun fuera de los campos, el poder nazi atentó contra la vida misma de sus conciudadanos, limitándolos en la lengua y, en consecuencia, en la vida, en sus actos, gestos y actitudes. Por ejemplo, como comenta Klemperer en la *LTI*: “ ‘Ciegamente’ forma parte de las palabras fundamentales de la *LTI*, designa el estado ideal de la mentalidad nazi frente a su *Führer* y los respectivos subjesos y se utiliza casi con la misma frecuencia que ‘fanáticamente’ ” (*LTI*, 222). Y aquí la palabra “fanático” carece de cualquier connotación negativa; muy por el contrario, “fanático” es aquel que se somete al régimen con entusiasmo y aparece en todo tipo de discursos escritos u orales. “El uso es legión, la palabra ‘fanático’ aparece tantas veces como los tonos de un instrumento de cuerda, como la arena junto al mar” (*LTI*, 89).

La *LTI* creó algunos neologismos, como *untermenschentum* (subhumanidad), *entjuden* (desjudaizar), *arisieren* (arianizar) *aufnorden* (hacer más nórdico). Sin embargo, de acuerdo con Klemperer, la *LTI* inventa pocas palabras nuevas. Prefiere ampararse detrás de las ya existentes, cambiándoles el sentido y dándoles un valor inédito a partir de la “fanática” repetición. La palabra “pueblo”, por ejemplo, se utiliza, como dice Klemperer, infinidad de veces hasta perder su sentido, “se emplea tantas veces al hablar y escribir como la sal en la comida, a todo se le agrega una pizca de pueblo: fiesta del pueblo, camarada del pueblo, comunidad del pueblo, cercano al pueblo, ajeno al pueblo, surgido del pueblo, etc.” (*LTI*, 53). A su vez, la *LTI* trata de velar el auténtico sentido de ciertos acontecimientos; a las derrotas se les llama “crisis”: a los prisioneros se les rebautiza con el nombre de “piezas” o de *Figuren* que son movilizadas; a los hombres que han sido evacuados a los campos se les llama “destinatarios emigrados”. Ya no hay nada que delate el crimen o el fracaso, se trata de una retórica utilizada para

la mentira, es decir, se trata de cubrir con el eufemismo las acciones represivas del régimen. Todo adquiere un tono de asepsia y pulcritud, se pretende la purificación de las acciones a través de la metamorfosis que resignifica las palabras. No se trata más del exterminio de una raza, sino de la “solución final”. En estos ejemplos vemos claramente la relación entre las palabras y las acciones, entre la filología y la política, entre el estudio de la lengua y el de la historia. No podemos disociarlas ya que una nos conduce a la otra. La retórica del nazismo no atraviesa sólo la lengua del ciudadano común sino las alambradas, los campos y los crematorios. Por ello es tan importante el trabajo de alguien como Victor Klemperer que busca, de manera subterránea, los filtros por donde se fue colando toda una ideología, los dispositivos retóricos a través de los cuales el nazismo pudo colocarse donde se colocó y matar impunemente como lo hizo.

La palabra “judío”, en la retórica hitleriana, ocupa un lugar aun más importante que la palabra “fanático”. Y no es casual, ya que hacia él está dirigida una buena parte de su política de limpieza étnica:

El adjetivo ‘judío’, escribe Klemperer, aparece con más frecuencia aún que el sustantivo, puesto que sobre todo el adjetivo permite crear ese paréntesis que reúne a todos los adversarios y los convierte en un único enemigo: la cosmovisión judeo-marxista, la incultura judeo-bolchevique, el sistema de explotación judeo-capitalista, el interés judeo-inglés, judeo-americano en la destrucción de Alemania (Klemperer, *LTI*, 255).

De esta manera, una buena parte de la lucha contra el “enemigo” se asimila al adjetivo judío y, en este sentido, el propio enemigo es asfixiado por la palabra nazi.

“La lengua de un ser”, escribe Benjamin, “es el medio en el cual se comunica su ser espiritual” (Benjamin, “Sobre la len-

gua en general”, 165). Si es así, podríamos decir que este ser espiritual del hombre que se comunicó durante el periodo nazi, sufrió una desgarradura; la lengua, al ser adelgazada y disminuida junto con la experiencia misma, tuvo necesariamente que comunicar un ser espiritual de igual manera desgarrado y fragmentado. A su vez, Benjamin nos muestra cómo la facultad inalienable, “la más segura entre las seguras, nos está siendo retirada: la facultad de intercambiar experiencias” (“El narrador”, 1991, 112), y ubica esta crisis hacia finales de la Gran Guerra. Para Victor Klemperer, filólogo, esta desgarradura se dio de manera mucho más violenta durante la época nazi. La lengua y la propia experiencia se vieron derrotadas ante el látigo, las alambradas, las abreviaturas y las hipérboles. Ese ser espiritual del hombre se vio sometido a una lengua de piedra que le impidió una auténtica relación con su prójimo. El alemán hablado por los nazis acabó liquidando todo principio de comunicación entre los hombres, tanto dentro como fuera de los campos, se trató siempre de cancelar, en términos benjaminianos, todo ser espiritual que pudiera manifestarse en la lengua. El nazismo llegó a su término en 1945, al final de la guerra, pero la lucha contra este lenguaje sigue aún viva, los restos de esta desgarradura continúan aún vivos, no sólo en la lengua alemana de nuestros días, sino en todas las lenguas que siguen siendo utilizadas para atentar contra la individualidad y la espontaneidad de los individuos. La batalla aún está por concluirse. El uso de la retórica, para bien o para mal, está por verse.

Bibliografía

- ARENDET, Hannah, *La nature du totalitarisme*, Paris, Payot, 1990.
BARTHES, Roland, *Lección inaugural*, en *El placer del texto* seguido por *Lección inaugural*, México, Siglo XXI, 1984.

- BAUMAN, Zigmunt, *Modernidad y Holocausto*, Toledo, Sequitur, 1997.
- BENJAMIN, Walter, *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Madrid, Taurus, 1991.
- CELAN, Paul, *Obras completas*, Barcelona, Trotta, 1999.
- FOUCAULT, Michel, *L'ordine del discorso*, Torino, Einaudi, 1972.
- KLEMPERER, Victor, *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, trad. Adán Kovacsics, Barcelona, Minúscula, 2001.
- , *I will bear witness. A diary of the nazi years*, New York, Modern Library, 1999.
- LEVI, Primo, *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, Muchnik Editores, 2000.
- STEINER, George, *Language and Silence*, London, Faber and Faber, 1967.
- TRAVERSO, ENZO, “La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales”, Barcelona, Herder, 2001.